

FEDERICO GRANDE ROSSI

Por:

Dr. ORTELIO MARTINEZ-FORTUN FOYO

En la ciudad de Matanzas, considerada como la Atenas de Cuba por su refinada cultura, junto a la hermosa bahía en cuyas aguas vienen a morir tres ríos y que sirviera también de cuna a Milanés y a Byrne, nació el 14 de diciembre de 1866 un varón hijo de Claudio, asturiano de Muros de Pravia, y de Nieves, hija de italiano de Génova, y al que se designó en la pila bautismal con el nombre de Federico.

Cursó aquel niño su primera enseñanza en el colegio "Los Normales" de don Bernabé de la Torre, padre de aquel grande de la Ciencia, fallecido ha poco y que fuera hasta su muerte el "fácil princeps" de las Ciencias Naturales en Cuba: nos referimos concretamente al doctor Carlos de la Torre y Huerta, quien siendo un joven que frisaba en los 20 años era el substituto obligado, en aquella academia, de todos los profesores ausentes, en las más variadas disciplinas, demostrando así desde sus mocedades aquella versatilidad, aquella magnífica preparación y aquel afán de superación que se encargarían, pasado el tiempo y tras una fructífera e inigualable labor, de abrirle de par en par las puertas de la inmortalidad y de la gloria.

Tras de cursar en el Instituto de Matanzas los estudios correspondientes a la segunda enseñanza, se traslada el joven Grande Rossi a La Habana, donde cursa sus estudios médicos en la Universidad, graduándose de Licenciado en Medicina y Cirugía el 25 de septiembre de 1888 con nota de sobresaliente, no expidiéndosele el correspondiente diploma hasta el 2 de septiembre de 1889, casi un año más tarde.

Ya licenciado y atendiendo probablemente a motivos políticos, decide ejercer su profesión en el sur de la gran nación norteamericana

y así lo vemos efectuar las pruebas correspondientes a la convalidación o reválida de su título en el Estado de la Florida, siendo finalmente autorizado a hacerlo, en fecha 16 de abril de 1896.

Da fin Grande Rossi, diez años más tarde, al ciclo completo de sus estudios médicos, al graduarse de doctor en Medicina en la Universidad de La Habana el 17 de octubre de 1899, expidiéndosele el correspondiente diploma con fecha 21 de los propios mes y año, título que calza las firmas del Rector don Leopoldo Berriel y del Secretario doctor Gómez de la Maza, siendo a su vez Director de Instrucción Pública don Nicolás Heredia y Secretario de Justicia e Instrucción Pública el notabilísimo jurisconsulto doctor José A. González Lanuza.

Véase cómo de esa abigarrada cohorte de notabilidades en las diversas ramas del saber humano, habría de brotar un hombre al que nos atrevemos a calificar desde ahora, tras habernos honrado con su amistad y tras largos años dedicados, en calidad de ayudante graduado, a su cátedra de Patología General con su clínica, a calificarlo —repito—, como uno de los mejores profesores, como un Maestro de Maestros en la Facultad de Medicina de nuestra bicentennial Universidad de San Cristóbal de La Habana.

Su labor en el Laboratorio Bacteriológico de la Crónica Médico- Quirúrgica de La Habana.

Tomada de la propia pluma del Maestro, estilista insuperable, vamos a repetir de su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, dedicado al doctor Juan N. Dávalos y Betancourt, cuyo sillón ocupó a la muerte de este, los párrafos que se refieren a sus inicios en aquel laboratorio, a cuyo cuerpo de profesores perteneció desde 1890 en la Sección de Bacteriología:

“Tal nos sucede a los que fuimos de aquella corporación. Han pasado muchos años de vida intensa, y entre ellos, como un polvoriento torbellino que oscurece aún más la querida lejanía, una guerra, pero de aquella casa llevamos todos en lo más hondo y grato del recuerdo una imagen impresa con la indeleble tinta del agradecimiento”.

“En medio del furor egoísta de la colonia, del desasosiego en el disneico medrar de un comercio que absorbía todas las actividades y ahogaba todas las iniciativas, entre el afanoso recelo del dominador que sentía entre su férrea mano crispada hincharse y hacerse poderoso el duro músculo del esclavo, que mostraba

CONTEMPORANEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 65

encendido en la pupila el toque de luz del heroísmo; en medio de aquella atmósfera letal para la ciencia, hubo una mansión tranquila, una casa de paz y de trabajo, cuyo ancho portalón, siempre de par en par abierto, no estaba guardado por alguien que preguntase al paso quién era y cuál la patria del que entraba ni de dónde venía. Como los templos, era visitado sólo por los curiosos y por los devotos.

Era el Laboratorio de la Crónica centro raro, único de aquella época. Un instituto europeo en medio de esta tierra de América colonial, en el que cada uno tenía amplia libertad para el estudio, copiosa colección de útiles, abundante provisión de lo que fuere necesario para las investigaciones, con la condición sola y precisa de ceder al periódico el fruto literario del estudio que emprendiese. Especie de alta escuela gratuita y afectuosa que pudieron aprovechar muchos de los graduados que salían de la universidad de entonces sin saber objetivamente qué fuese una estructura, un germen, una enfermedad infecciosa, una reacción química, un fenómeno biológico.

Un día, un buen día de mi suerte, de manos del doctor Domingo Madan atravesé aquel umbral, con hambre de estudio, a pedir trabajo. Después de la presentación y de muy breves palabras, el director del laboratorio me dirigió a una mesa excavada, la mesa de trabajo de Dávalos. Esta vez me pareció más alto de cuerpo y de espíritu, en aquel puesto de honor y vestido con la blanca y larga blusa de bacteriólogo. Los dos éramos médicos, el mismo pergamino de títulos idénticos nos igualaba legalmente, pero él marchaba adelante por el camino seguro y ya estaba muy lejos y yo entraba al laboratorio como discípulo de Dávalos y en aquel día —que decidió de mi suerte futura, de mi entrada en la Universidad diez años más tarde, de esta honra de hoy triste y sentida, de todo lo poco que valgo— empezó a enseñarme el derrotero novísimo de la investigación y del estudio práctico y provechoso para la profesión del médico.

Lo confieso con toda la sinceridad que resulta de escribir mojando la pluma en el propio corazón. Lo miraba con la envidia generosa que inspira el valimiento inmensamente superior, nacido en el afecto que ve con orgullo emulatorio el mérito ajeno. ¡Cuántas veces mis lejanas impresiones y aquel vago razonamiento, falso en apariencia, del niño, vinieron a mí en momentos en que estaba al lado del sabio bacteriólogo, mientras él, con la calma de todos sus instantes, resolvía un problema o continuaba una investigación de muy largo tiempo comenzada!

Sin reservas mentales me enseñó todo lo que pude aprender: desde la sencilla técnica del principio hasta el último trabajo experimental producido; y también sin reservas criticó mis disparates y las inconsistentes primicias de mi trabajo.

Desde marzo de 1892 hasta junio de 1904, Grande Rossi, cumpliendo con el acuerdo tácito por él descrito en los párrafos anteriores, publica en la *Crónica Médico-Quirúrgica* 22 trabajos médicos de los que cuatro fueron en colaboración con el doctor Enrique Acosta (v. Bibliografía Nos. 4-7-9 y 11), uno con Acosta y Díaz Bríte y otro con el propio Dávalos.

De entre ellos vamos a entresacar los titulados: "Análisis bacteriológico de los billetes del Banco Español de La Habana", que según el doctor Barnet en su discurso de contestación al de ingreso de Grande Rossi: "llamó poderosamente la atención pública, ya que se valía de aquellos mugrientos ejemplares de papel moneda que circulaban entonces. ..."

"La Bacteridia de Davaine en Cuba", publicado en la *Crónica* de julio de 1892, le sirvió de trabajo de ingreso como titular de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, al presentarlo ante la misma el 12 de julio de 1892.

Alguno de los trabajos publicados con el doctor Acosta y, probablemente, uno de los titulados "Desinfección de las jeringuillas hipodérmicas", "El filtro Chamberland" o "Análisis bacteriológico del agua de Vento", publicados todos ellos en números de la *Crónica*... correspondientes al año 1892, le valió la obtención del Diploma de Miembro Asociado Extranjero de la Sociedad de Higiene de París, que le fuera concedido en sesión del 14 de octubre de 1893.

Otro como "¿Cuál es el promedio bio-químico de la orina normal de los habitantes de Cuba?", le fue premiado por la Asociación Médico-Farmacéutica de la isla de Cuba en su segundo Certamen Trimestral, celebrado el 28 de octubre de 1901, publicado en la revista de dicha asociación y reproducido también en folleto aparte.

Práctica profesional

Envidiable reputación —dice el doctor Barnet— ha alcanzado el doctor Grande Rossi en el ejercicio profesional, como médico de exquisita perspicacia, de seguro diagnóstico y eficaz tratamiento. Conoce profundamente las enfermedades de las vías digestivas y ha hecho una especialidad de la úlcera duodenal. Entre todos

sus colegas, pronunciase su nombre con respeto y amor y se considera como un compañero de irreprochable conducta profesional, sin haber quebrantado jamás las leyes de la más severa moral médica.

En efecto, añadiremos nosotros, profesando en la cátedra en que se dedicaba precisamente a la Semiología y a la Semioteécnica, Grande Rossi concedía y nos enseñaba a conceder, importancia extraordinaria al interrogatorio del paciente, así como a la investigación y el hallazgo de aquellos síntomas que convertidos en signos, engrosaban el ramillete del síndrome que conducía paso a paso y en forma segura al diagnóstico. Constantemente repetía a sus discípulos la frase de los antiguos: "el síntoma se halla en el cuerpo del enfermo y el signo en la cabeza del médico" y citaba los grandes autores clásicos de la Medicina: Peter, Jaccoud, Dieulafoy, Trousseau, representantes más distinguidos de la clínica francesa que llenara al mundo con las descripciones insuperables de los cuadros nosológicos, en una época —que tiende, por desgracia, a desaparecer— en que, carentes sus sacerdotes oficiantes de los más rudimentarios medios de investigación, tales como el laboratorio y los rayos X, hipertrofiaban, permítasenos decir, los recursos personales, representados por la inspección —llevada a su máximo por la escuela italiana de Giovanni y Pende—; la palpación —tan bien desarrollada en la escuela francesa por Lasegue y por Glenard—; la percusión —tan utilizada por Skoda y por Kroenig y que alcanzara su cúspide con la técnica concéntrica y convergente de Potain al haber diseñado los difíciles perfiles del corazón— y la auscultación, que iniciada bajo el genio insuperable de Laennec, alcanzara tonalidades de finura extraordinaria con los oídos virtuosísimos de Corvisart y Flint. Son, en resumen, aquellos tiempos, representativos de una escuela clínica romántica, que tuvo entre nosotros en Grande Rossi su expresión superba y que los tiempos modernos, con su implacable materialismo y su mecanicidad hipertrofiada (léase metabolismo basal, electrocardiografía, polifonendoscopia, radiografía y foto fluoroscopia y electroencefalografía), hacen que nuestras juventudes médicas, atraídas por el indiscutible valor, pero también por el modernismo de ultraavance de los recursos actuales... abandonen y hasta olviden una época y una técnica en que la clínica, la verdadera, la hermosa, la de las coqueterías inmanentes, alcanzara su esplendor supremo. Y no es que nos resistamos al avance arrollador de las modernas conquistas, no, es que como profesores palpamos a diario el embotamiento, el olvido y hasta el desprecio de la juventud actual por sus antiguas técnicas que —en definitiva—

serían las únicas con que habían de contar cuando ejercieran en nuestros campos, en el aislamiento y soledad de los montes y campiñas, cuando el destino ignoto les deparara esta senda, alejada de los centros hospitalarios y de los recursos actuales, repito, de indiscutida utilidad.

Grande Rossi, profesor

La función que, a nuestro modo de ver llenó más a cabalidad, aquella que más trascendió a la comunidad en que prestaba sus servicios, fue, sin género alguno de dudas, la función profesoral.

El 21 de febrero de 1900 y a propuesta de la propia Facultad de Medicina, la Secretaría de Instrucción Pública de la isla, lo nombra profesor auxiliar, cargo del que toma posesión el día 26 del propio mes y año, desempeñándolo hasta al 5 de julio del mismo año, en que cesa en su breve labor, en virtud de reformas en la enseñanza, introducidas por la Orden No. 266 de 1900.

Al año siguiente, y concretando más, el 28 de septiembre de 1901, la Junta de Profesores lo propone, por unanimidad, profesor auxiliar interino de la Escuela de Medicina. Y el 4 de noviembre, la Facultad lo ratifica, proponiéndolo además para Jefe del Laboratorio de Bacteriología y de Patología Experimental, también en calidad de interino, "por su notoria competencia", reza el escrito. Aceptando la sugerencia anterior, el Secretario de Instrucción Pública, lo designa el 8 de ese mismo mes y año, Jefe del Laboratorio de la cátedra 11 de la Escuela de Medicina, cargo del que tomó posesión al siguiente día, desempeñándolo, siempre con carácter interino, hasta su nombramiento el 1^º de febrero de 1902 y su toma de posesión definitiva del propio cargo, obtenido ahora en virtud de ejercicios públicos de oposición. Allí actuó hasta el 7 de agosto de 1911 (en total 11 años), en que toma posesión, a su vez de la plaza de Catedrático Auxiliar Jefe de Clínica de Patología General y Patología de Afecciones Intertropicales, cargo obtenido también mediante oposiciones a las que siguiera un decreto presidencial de fecha 1^º de agosto, designándolo para esa plaza.

Y finalmente, por decreto del 2 de noviembre de 1921, cuando casualmente nuestra promoción, graduada en 1923, cursaba esa asignatura, se le nombró profesor titular de la propia cátedra No. 4, en virtud de brillantísimas oposiciones que hubimos de presenciar.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 69

Tal vez de aquellos ejercicios y de aquel inolvidable curso de 1921-22, naciera en nuestra mente y en nuestro subconsciente la inmensa, la imperecedera, la inextinguible admiración que experimentamos por el Maestro. Grande Rossi fue, para el que os habla, luz y guía. Su técnica pedagógica incisiva, cortante, que se grabara en nuestro cerebro como candente acero que dejara en el mismo imborrable huella, dejó para siempre en nosotros y en todos los que entusiasmados y embebidos escuchábamos sus explicaciones diarias, una simiente de entusiasmo, de afán de superación, de tendencia emulativa, que trazó derroteros definidos en nuestro futuro y en el de una pléyade de jóvenes que pretendían seguir —labor imposible ciertamente— los pasos ciclópeos del bien querido Maestro.

La clase de Grande Rossi, era esperada con impaciencia, comenzada y transcurrida con absorta atención y cuando, finalmente, el gran reloj del anfiteatro del hospital "Calixto García" marcaba inexorable la hora de su terminación, un ¡Ah! salido de cientos de pechos juveniles, un ruego que a veces se manifestaba por un espontáneo "Prosiga Maestro", lo hacían sonreír satisfecho con aquella media sonrisa, huella de una antigua parálisis facial que le hacía simular que se mordisqueaba la comisura de ese lado o la guía del recio bigote, que abandonara durante sus últimos años.

El Decano de la Facultad de Medicina y Farmacia emitió, a petición del Secretario General de la Universidad de La Habana, el siguiente informe acerca de los servicios prestados por el profesor Grande Rossi en los cargos de referencia: "... que ha desempeñado *con la mayor puntualidad esas plazas*". Y añade: .. conceptuando este Decanato la labor realizada por el citado profesor durante los diez años transcurridos, como *fructífera en grado sumo* para la enseñanza. Los vastos conocimientos que ha adquirido, ya en el Laboratorio, ya en la Clínica, le han sugerido una selección de los procedimientos más adecuados y modernos, que enseña a los alumnos teórica y prácticamente. Las dotes de inteligencia y laboriosidad de que da prueba diariamente y su dedicación constante a la enseñanza, que constituye para él objeto preferido de su vida, hacen del doctor Federico Grande Rossi, un catedrático ejemplar, que da una alta idea de nuestra Universidad". Firman este escrito el Rector, doctor Leopoldo Berriel y el Secretario General, doctor Gómez de la Maza y lleva fecha 22 de abril de 1911.

A su vez, he aquí ahora lo que en el mismo sentido expresara Barnet en julio de 1913, ante la Academia de Ciencias, en respuesta al discurso de ingreso de Grande Rossi: . Su pasión actual es la enseñanza de su cátedra,

que la da como un verdadero profesor, a conciencia y con dominio absoluto de la materia. Ama a sus discípulos como si fueran hijos suyos y tiene la dicha de verse debidamente correspondido por ellos. En su silla de profesor, se considera como un gran padre de familia ante aquellas hermosas cabezas de veinte años”.

Tratemos de expresar con algunas anécdotas del gran Maestro, su personalísima técnica pedagógica, mediante la cual, dejando libremente que el alumno sufriera los rudos choques a que lo condujera su inexperiencia o falta de conocimientos, lograba evitar, por el dolor del trauma sufrido, que el hecho volviera a repetirse.

En los primeros días de clase, después de explicada la auscultación, nos ordenaba traer de una sala de cirugía un caso que, por haber sido operado recientemente, por ser de tipo longilíneo y por su aspecto emaciado, delgado y débil, pareciera un tuberculoso. Al paciente, además, se le hacía previamente colocar una ropa, desde luego limpia, pero que trajera impreso en su bolsillo el nombre de “Romay”, pabellón por aquel entonces situado del lado opuesto a la hendidura de la calle G y que se dedicaba a servicio antituberculoso. Hacía bajar de las gradas, en aquella época sin pupitres, del anfiteatro, a algunos de los alumnos de mejor expediente del curso, ordenándoles que, utilizando tan sólo el estetoscopio, sin cambiar una sola palabra con el enfermo, trataran de describir los hallazgos de auscultación por ellos encontrados, y para precisarlos más y que no se influenciaran los unos con los otros, escribieran en sendos papelitos y *firgaran* los resultados de sus observaciones. Y era de ver entonces la de frotos pleurales, respiraciones soplantes hasta soplos anóricos que los futuros galenos rubricaban con su firma. Cuando todos habían entregado en silencio al profesor sus correspondientes papeles, este procedía a darles lectura y hasta inscribirlos en la pizarra, omitiendo, desde luego, al hacerlo, los nombres de los “eminentes” y para terminar la clase, ordenaba al paciente que dijera por qué había sido ingresado en el hospital: “por una uña enterrada”, decía el uno, “por una hernia inguinal”, aseguraba el otro, a lo que Grande Rossi, haciendo constar que habían sido perfectamente examinados desde el punto de vista pulmonar, con resultados negativos, terminaba con un burlón tajante: “¡hasta mañana!”.

He aquí lo que le ocurriera otra vez con cierto alumno, con el que trabara después, para siempre, firme amistad.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 71

En los comienzos del curso preguntó un día en clase, en presencia de un enfermo edematoso de los miembros inferiores, qué detalle anatómico a nivel del hígado, podría explicar aquella hinchazón y tras numerosas respuestas equivocadas el joven en cuestión, desde lo más elevado del anfiteatro, esbozó la posibilidad de que la vena cava inferior, que pasa tras el hígado por un túnel o canal, pudiera hallarse comprimida por un parénquima hepático inflamado o cirrótico. El profesor, aceptando la respuesta, ordenó a su auxiliar que le anotara al alumno un 3 "anatómico", la más alta calificación que él conferiera por respuestas en clases. Meses más tarde, en presencia de una esplenomegalia, preguntó a los alumnos quién era el que más funciones del bazo conocía. Y tras la puja consiguiente, resultó que el mismo alumno de la vez anterior, fue el que sobrepasó a sus compañeros en el número de aquellas, ordenándole el Maestro que fuera a la pizarra y las escribiera una tras otra hasta alcanzar la cifra por él citada, y como en efecto acertara también. Grande Rossi ordenó de nuevo a su ayudante que inscribiera en el haber del alumno un 3, esta vez de tipo "fisiológico". Y llegó el último día de clases y el bien querido Maestro ordenó que todos aquellos que tuvieran dos "3" como labor de curso, descendieran de las gradas para que, en una prueba práctica, determinar a cuáles de ellos podía premiar con el tercer "3", determinativo del sobresaliente final que recibiría el alumno así calificado, siguiendo normas acostumbradas del Maestro. Y resultó esta vez, que conociendo Grande Rossi a ese pequeño grupo de los mejores alumnos por sus propios nombres, le ordenó, precisamente al mismo de las dos calificaciones "anatómica" y "fisiológica" anteriores, que trajera de cualquier parte del hospital un enfermo con sintomatología bien profusa, para servir de punto de comparación entre los alumnos. Y dirigiéndose el joven a la parte externa del anfiteatro, lo primero con que tropezó fue con la enfermera de un pabellón que venía a traer a la oficina central a un viejo que iba a ser dado de alta esa mañana. Le pidió y de ella obtuvo que le cediera el caso para que el profesor lo presentara en clase. El alumno, con la "viveza tropical" que caracteriza a los habitantes de esta tierra, leyó rápidamente y se empapó enteramente de los datos de aquel caso hasta en sus más nimios detalles. Y cuando, ya en presencia del Maestro, haciéndole entregado ya a este el legajo de su historia clínica, recibió la orden de comenzar él mismo el interrogatorio y examen del enfermo, a pesar de que pudo lucirse y ganar una alta calificación con los conocimientos adquiridos un momento antes, el alumno fue leal a su Maestro y a sus propios condiscípulos, no

quiso o no pudo aprovecharse de su manifiesta superioridad, él a Grande Rossi no podía hacerle semejante cosa, y bajando la cabeza le confesó clara y llanamente que había leído aquella historia, que conocía todas las pruebas de laboratorio y rayos X. V surgió la decisión, siempre justa del Maestro: "por su honradez le voy a anotar su tercer "3"; puede sentarse". Luego ocurrió allí lo imprevisible: los compañeros que procedieron a interrogarlo y reconocerlo, bien sea por la emoción del momento, bien porque "el casito se las traía", formaron un "jaleo": que si era estrechez, que si era insuficiencia, que si el soplo era sistólico o diastólico, que si se irradiaba hacia arriba, o hacia abajo, y Grande Rossi mandó a sentarse a todo el mundo, sin que ningún otro alcanzara el codiciado tercer "3". Y llegado que fue el momento del examen, ya sentado ante el tribunal el estudiante de marras, hubo de manifestar un ayudante en voz alta a Grande Rossi que aquel era el único alumno del curso que concurría al examen con los clásicos tres "3". Leonel Plasencia, uno de los miembros, conociendo la costumbre de su compañero, le dijo sonriente al examinado: "pues chico, con esas tres notas ya puedes irte retirando". Pero allí surgió una vez más, la justicia sajante, incisiva del Maestro. Con una amplia sonrisa y después de examinar la libreta de notas, y apuntes, hubo de exclamar: "a mí me consta que este joven sabe mucha Anatomía y mucha Fisiología y que es, además, muy honrado y caballeroso, pero desconozco en absoluto si sabe o no Patología General. Y haciéndolo sentarse nuevamente procedió a preguntarles, pero aprovechando, para que el alumno se luciera, de algunos tópicos que, por haberlos desarrollado este en las sabatinas durante el curso, él suponía que conocería bien, le dijo al fin tras la brillante prueba: "ahora sí puede usted retirarse; aquí no se viene a coger mangos bajitos", frase vulgar, por entonces muy en boga.

Grande Rossi daba sus clases, por lo general sentado sobre el estrado, en la silla central, tras la gran mesa y bajo las cortinas, que a manera de palio, adornaban el fondo del estrado. Para su explicación, usaba unos cuadernillos de tamaño "standard" cortados por la mitad, escritos a máquina y cosidos después, cuyas hojas iba pasando con extraordinaria velocidad. Con gran frecuencia traía a la clase casos clínicos que, bien reconocidos por él con anterioridad, presentaran en forma ostensible o bien desarrollada la sintomatología que él quería explicar. Siempre al terminar la clase, sacaba de su portamonedas un peso y lo entregaba al pobre enfermo, al que prodigaba todo género de atenciones, y de afecto casi paternal. Los alumnos a veces, impresionados por el

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 73

gesto del Maestro, ya concluida la clase pasaban un sombrero entre ellos mismos cuando veían que el caso era un niño, una pobre mujer o un enfermo desahuciado. Cuidaba mucho de que no se molestara demasiado al paciente y cuando esto ocurría, invocaba con palabras fuertemente impresionables, el respeto, la consideración, la piedad inmensa que debíamos sentir por aquella triste carne de hospital.

Sus alumnos lo adoraban, su palabra era para nosotros ley suprema. Y sin embargo, ¡qué respeto y qué silencio se notaba en su derredor cuando lo rodeábamos a la salida de clases, para seguir apurando hasta lo último aquella fuente insecable de enseñanzas! Bajito, grueso, de apariencia ruda y de trato áspero en los primeros instantes, se revelaba bien pronto su magnífica contextura moral e intelectual. Al séquito de su auxiliar y ayudantes que lo seguíamos desde el anfiteatro hasta el pequeño edificio de radiología en que la cátedra tenía su sede, se unía siempre un grupo inquieto y bullanguero de estudiantes, rodeado siempre de los cuales, parecía de lejos una oronda gallina con sus polluelos. No había que buscarlo. Para encontrarlo pronto, bastaba con dirigir la vista en derredor y donde hubiera un conglomerado humano que pugnaba por estar más cerca de él, allí en el centro estaba Grande Rossi, siempre enseñando, siempre sacando a relucir un cuento nuevo, pues sus reservas en este sentido resultaban inagotables.

Perdonadme si me he extendido quizás ya demasiado en este aspecto profesoral de Grande Rossi, pero es que al través de los largos años transcurridos: 30 de que fuera su alumno, 27 de que fuera su ayudante, se agolpan a mi mente recuerdos a granel. Su magnética personalidad, su conversación inigualable, su buen juicio, su recia contextura, atraían invariablemente a cuantos le rodeaban y le daban esa simpatía, esa popularidad extraordinaria de que disfrutara en vida.

Grande Rossi en la Academia

El doctor Federico Grande Rossi fue elegido Académico de Número de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana el 13 de enero de 1911, en la vacante producida por el fallecimiento del doctor Juan N. Dávalos y Batancourt y tras el informe favorable emitido en la misma sesión por el ingeniero señor Francisco Paradela y Gestal, designado ponente para el estudio

de los expedientes presentados por él y por el doctor José A. Fernández Benítez.

Presentó como trabajo de ingreso el 25 de julio de 1913, el titulado "Elogio póstumo al doctor Juan N. Dávalos", siguiendo, según dijo en el mismo: "una sabia ley que dictaron enérgicos impulsos de afectuosa concordia" de hablar el académico entrante del desaparecido.

El discurso de contestación, saludando, en nombre de la corporación, al nuevo académico, estuvo a cargo de aquel notable higienista que fuera llamado por muchos "la abeja sanitaria", el doctor Enrique B. Barnet y Roque de Escobar, al que lo unían lazos de admiración, afecto y simpatía.

Fue más tarde, a su vez, Grande Rossi el encargado del discurso de contestación al de ingreso del doctor Arístides Agramonte.

En aquel elevado templo del saber y de la ciencia, nuestro biografiado desarrolló una intensa labor, cuyas huellas permanecen publicadas para la posteridad en los Anales de la Institución.

Sólo mencionaremos, entresacándolo por su importancia, el trabajo titulado "Comprobación de la Fiebre de Malta en La Habana", en colaboración con el doctor Manuel Ruiz Casabó; excelente monografía, muy completa tanto desde el punto de vista clínico como desde el bacteriológico y "Contribución a la exploración externa del Hígado", trabajo muy personal en que hace una notable descripción de dicho procedimiento, y la "Historia de la Fiebre Amarilla", leído en la sesión extraordinaria dedicada en honor de Finlay, el 3 de diciembre de 1937.

Nombramientos y honores conferidos

Ya tuvimos oportunidad de ver anteriormente que en el año 1892 y en virtud de un trabajo publicado, fue designado miembro asociado extranjero de la Sociedad de Higiene, de París; que en ese mismo año, fue designado miembro titular de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana.

Fue nombrado también como secretario de la Sección de Medicina General del III Congreso Médico Panamericano, efectuado en el año 1900.

Durante los bienios 1909 al 10 y 1911 al 12, fue electo y reelecto vicepresidente de la Junta Directiva de la Sociedad

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 75

Humanitaria Cubana, institución destinada a la protección de niños y animales.

También nos detuvimos ya a considerar su nombramiento como individuo de número de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, en la que fuera electo en 1911 e ingresara en 1913.

El 10 de noviembre de 1922 fue designado miembro de la Sociedad Médica de los Hospitales de París.

Y finalmente, sin que hayamos podido precisar las fechas y para darle el último toque a su ingente y versátil personalidad, Grande Rossi fue presidente de la sociedad para la propagación del esperanto.

Labor sanitaria de Grande Rossi

En 1934, fue nombrado también Director del Asilo Nacional de Ancianos, situado en Tiscornia, al otro lado de la bahía y para satisfacción y ventaja de los viejecitos allí reclusos, desempeñó dicho cargo hasta la fecha de su muerte en 1942.

En 1937, fue designado consejero de la Corporación Nacional de Asistencia Pública. Y al año siguiente —1938— director de su sección de Prensa y Publicaciones, cargo en el que tuvo oportunidad de escribir y publicar numerosos trabajos, así como de traducir y publicar también algunos capítulos o artículos de interés desde el punto de vista sanitario. El 19 de diciembre del propio año 1938, el Comité Ejecutivo de la Corporación, “tomó por unanimidad, con el beneplácito de todos y cada uno de sus miembros, el acuerdo de concederle el uso de la medalla y distintivo de la misma, en atención —reza textualmente el escrito— a los eminentísimos méritos que concurren en su ilustre persona, como esclarecido hombre de ciencia, maestro de varias generaciones de médicos que bebieron en su sabiduría el enorme caudal de sus conocimientos, como esforzado patriota que supo laborar intensamente en la emigración, por los ideales de libertad y de justicia, en los días tormentosos, difíciles y grisáceos en que luchábamos por conquistar el puesto a que Cuba tenía derecho en el concierto de las naciones con personalidad política independiente y soberana, como uno de los fundadores, consejeros y propulsores del Servicio técnico de Salubridad Rural, filial del Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficiencia, institución que tanto debe

a usted y a su ciencia y, además como uno de los que tanto han laborado por el auge y prestigio de esta corporación”.

Actuación patriótica de Grande Rossi

Es preciso haber conocido y tratado íntimamente a Grande Rossi, para suponer que su fuerte personalidad, su arraigado concepto de lo justo, su amor constante por la libertad, y, por encima de todo ello su pasión inmensa por la patria que lo vio nacer, no le hicieran incorporarse desde sus mismas mocedades al ideal de independencia de Cuba. Separatista de ultranza, o tomó parte activa o contribuyó en una u otra forma a todas y cada una de las conspiraciones que se sucedieron en su época.

Al regresar de su viaje a Europa, donde su salud estuvo por cierta bien quebrantada, arrendó una finca en El Cotorro y dio allí comienzos a su verdadero ejercicio profesional, a la vez que conspiraba más o menos veladamente, allí por el año 1896.

Entre los clientes del joven médico rural, tuvo la suerte de salvar la vida de fiebre tifoidea a una hija del Teniente Presno, de la Guardia Civil de aquel puesto, la cual estuvo al borde de la tumba. Poco después, tuvo oportunidad Grande Rossi de entregar a un emisario de las tropas cubanas, mal equipado y a pie a quien conociera, un caballo con su montura y un buen rifle de combate. Pero resultó que, caído prisionero poco después, el emisario confesó que todo su equipo se lo había entregado el joven médico de El Cotorro. Y fue entonces que el capitán de la Guardia Civil radicado en Güines, que realizó la captura, hombre sanguinario y cruel, dio la orden al teniente Presno de liquidar en alguna forma al mediquillo aquel que tan temprano comenzaba a conspirar contra la madre tierra. Presno fue a casa de Grande Rossi, le pidió que saliera con él a dar una vuelta y ya lejos de lugar habitado, le confesó la orden recibida de su superior y la advertencia de que el capitán vendría aquella noche a comprobar su muerte o a efectuarla si no se había realizado. De regreso a su domicilio, el galeno recogió con toda urgencia sus bártulos y pertenencias, trasladándose de inmediato para La Habana, desde donde embarcó, tan pronto pudo, para Tampa, en La Florida, en ese mismo año 1896.

Tuvimos ya oportunidad de ver, que en ese mismo año efectuó la reválida de su título ante el "Bureau" de Examinadores de ese Estado.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 77

Ya en Tampa, tuvo oportunidad de llegar a vicepresidente del club profesional "Federico de la Torre" verdadero centro revolucionario cubano en plena metrópoli norteamericana, y donde tomara con el doctor Julio San Martín y Carriera, Rafael Echevarría y otros connotados emigrados, participación activa en la recolección y envío a Cuba de pertrechos de guerra, materiales de curación y medicinas.

También los azares de su voluntario destierro lo llevó por tierras de la América Central. En Puerto Barrios, Guatemala, trató de ejercer su profesión, pero el bárbaro trató y la terrible esclavitud a que los hacendados, colonos y comerciantes sometían a los negros esclavizados y la pretensión de que nuestro compatriota certificara como producidas por otras causas, las muertes que a centenares ocurrían entre aquellos infelices, hizo que abandonara horrorizado tan inhóspitas regiones y volviera de nuevo sus pasos hacia los Estados Unidos.

No queremos terminar este capítulo, que se inicia con su breve permanencia en El Cotorro, sin referir el tragicómico incidente que le ocurriera con el famoso bandido Benito Ontivera, que medraba en aquellos tiempos por esa jurisdicción.

Sucedió que una noche, cuando marchaba al paso de su cabalgadura a visitar a una enferma de los alrededores, hubo de brotar de entre las sombras, también montado en ágil bestia, un individuo que cortándole el paso, hubo de preguntarle hacia dónde se dirigía. Grande Rossi le explicó que como médico, había sido llamado de urgencia para asistir a una enferma grave cuyo nombre y localización precisa tuvo que dar. El desconocido, con gran asombro suyo, tras de saludarlo respetuosamente y sin la esperada exigencia monetaria, lo dejó seguir, suplicándole tan sólo que no revelara a nadie su presencia por aquella cercanía. Pero cuando regresaba de la visita, a unos 500 metros del bohío donde se encontraba su enferma agonizante, la misma figura brotó de una ceja de monte y le rogó le explicara el estado en que la enferma se encontraba. Y al enterarse por el médico que sólo le restaban unas pocas horas de vida, hubo de confesarle a Grande Rossi que aquella mujer lo había criado y que él la quería como un hijo y que aunque sabía que los restantes familiares se opondrían, por encentrarse él fuera de la ley, a que la visitara, sabiendo el escaso tiempo de vida que le quedaba, él acudiría de todas maneras a darle un beso de despedida. Y tras de preguntarle tan sólo si en la casa o por el camino se había tropezado con alguna pareja de la Guardia Civil,

confiado en la negativa del galeno, emprendió veloz carrera hacia el bohío cercano, ¡que tanto llama el cariño materno, aún a las puertas de los más encallecidos corazones!

Cuando ya había olvidado el incidente, semanas o tal vez meses más tarde, galopando por una guardarraya, de entre la frondosa caña surgió de repente la propia aparición. Esta vez el bandolero Ontivera expresó a nuestro Maestro, que lo perseguía desde hacía tiempo para expresarle su agradecimiento por los cuidados brindados a su madre de crianza y por los informes de él recibidos la noche de su muerte. No tengo nada que ofrecerle, doctor —concluyó— mi caballo es demasiado conocido en la jurisdicción, entre otras cosas por la cicatriz del balazo que lleva al cuello y de nada le serviría, el rifle es mi "herramienta de trabajo", de ella vivo y con ella me defiendo y ataco. ¡Ah!, pero doctor, no olvide lo que le ofrezco de todo corazón: si usted tiene un enemigo, no tiene más que dármelo a conocer, que esta misma noche —palabras textuales— "hace el viaje con el flus de pino y sin sombrero".

Grande Rossi, hombre de letras

Si para nosotros resulta relativamente fácil seguir la trayectoria científica del bien llorado Maestro a través de su expediente personal, de sus publicaciones médicas, de su actuación profesoral y académica: nos resulta en cambio, extremadamente difícil descubrirlos a través de su riquísima producción literaria, por nuestra incompetencia e inexperiencia en el fascinante terreno de las letras.

Grande Rossi, escritor atildado y castizo, cultivó tanto la prosa como el verso y obtuvo en ambos terrenos glorias y honores bien merecidos.

Entre su copiosa producción literaria en prosa, que ocultó siempre tras diversos seudónimos, ya que, —como dijo el señor Tomás Montero, viejo colaborador del Maestro en el periódico *El Mundo* en un artículo escrito a raíz de su muerte— "juzgó incompatibles la profesión de una cátedra médica con el ejercicio de las tareas literarias", se destacan las siguientes: *Al borde del camino*, preciosa colección de 20 ó 30 bellísimos cuentos, fieles exponentes de su amplia experiencia profesional y en los que según dijera su auxiliar, Héctor Seiglie: "expone, con su brillante estilo, situaciones tiernas, angustiosas, dramáticas, ridículas o inesperadas y desenlaces de felicidad". Alguna vez que tuve oportunidad de leer tales narraciones, recuerdo que tres de ellas llamaron partí-

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 79

cularmente mi atención: dos que colocaba en su libro frente a frente, en páginas opuestas y que titulaba "La grandeza de una peseta" y "Una peseta de grandeza"; y una tercera, de un dramatismo muy fino y delicado y que nombraba "Alas".

Otro libro titulado *Sin Rumbo*, de interesantes páginas dedicadas a su dilecto amigo el profesor y actual Decano de la Facultad de Medicina Veterinaria, doctor Ricardo Gómez Murillo.

Otro más, dedicado a cuentos de mar, y que titulara *Narraciones de la Caleta* en que con su amplia experiencia de viajes y pesquerías y en lenguaje típico de los marinos, describe paisajes y situaciones. He aquí algunos de los mismos: "De codos en la borda", "Cornuda", "La misma Cornuda", "Leoncio", "Sal y Suerte", "Heroicidad Silenciosa", "Duelo", "Un peje", "Sin Escarmiento", "Un pulpo premiado", "Peligros en la pesca de las Agujas", "Almuerzo Interrumpido" y "Un Tesoro".

Colaboró durante mucho tiempo en la edición dominical de *El Mundo*, donde se ocultaba bajo el pseudónimo de "Mendo Méndez", especializándose en estudios costumbristas, llenos de gracia y acierto. Allí colaboraban con él: Alvaro de la Iglesia, Eduardo Varela Zequeira, Eduardo Alonso, Enrique Moreno, Valentín Ocio, Mario Muñoz Bustamante, el ya citado Tomás Montero y el inolvidable Víctor Muñoz. Para celebrar el primer aniversario de la república, *El Mundo* convocó a un certamen de cuentos, estando constituido el jurado por Enrique José Varona, Enrique Corzo, doctor Gonzalo Aróstegui y Manuel Serafín Pichardo, obteniendo el primer premio el señor Luis Rodríguez Embil, declarándose el segundo desierto y correspondiéndole el tercero al doctor Grande Rossi, por su precioso cuento "Carga Negra", que salió publicado en la edición del periódico del día 20 de mayo de 1903.

También en el propio diario y el año anterior —1902— publicó otro cuento titulado "Any Ñame", muy favorablemente comentado por la crítica.

Y en el otro estilo literario, el verso, veamos a continuación la fecundidad y calidad de su delicado estro poético. *Epitafio*, es, a nuestro modo de ver, su obra cumbre en poesías, que escribió bajo el pseudónimo de "Gabriel Fundora", en 1929, y que contiene 96 composiciones de entre las cuales las dos tituladas "Jipijapa" y "Guayabera", que fueron dedicadas al señor Pedro M. Bances, profundo conocedor del idioma castellano, merecieron, la primera,

la denominación de el mejor soneto de la obra y la segunda también como muy buena.

No podemos resistir a la tentación de transcribir aquí estos dos sonetos, que hemos seleccionado principalmente por referirse a tópicos de nuestra profesión:

FIEBRE AMARILLA

Yacen veinte cadáveres de un día en el tétrico
albergue de la muerte del castrense hospital, y no
podría decirse cuál de todos fue el más fuerte.
Uno, que baña el sol, bellos tenía los rasgos de la
faz, aunque esté inerte; grandes los pardos ojos
entreabría y oscura sangre de la boca vierte.
Atlético y entero, lo crispaba el virus tropical, y lo
doroba aún más a cada instante, cual si fuera
irónico enemigo que, impasible, hasta la tumba
misma, cruel, terrible, brindándole más oro, le
siguiera.

El médico y dijéramos más aún, el viejo profesor de Patología de Afecciones Intertropicales cedía a su fácil musa, en un momento de escape, la descripción del terrible morbo que tantas veces nos hiciera en clase.

MEDICO ANTIGUO

Nítido pantalón, levita inglesa, el calzado
brillante, gran sombrero de copa, reluciente,
mudo, austero, medita, si no estudia, en su
duquesa.

El renombre y favor pierde si cesa de ser y
parecer médico entero; es de la Medicina
prisionero, y del vulgo también es una presa.

Hierático, sentado en amplia silla a la
mesa del centro de la sala; recado de escribir
llévanle presto:

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 81

tinta, pluma, papel y la arenilla; de
profundo pensar haciendo gala, receta sin
hablar, que es lo dispuesto

Por cierto que sobre este libro de versos *Epitafios*, nuestro profesor de Anatomía y gran literario doctor José Varela Zequeira, dio una conferencia en el Lyceum de La Habana, bajo el título de "Cubanidad", sin delatar el nombre de su autor. El que también fuera nuestro profesor de Literatura en el Instituto de La Habana, el modesto cuanto valioso doctor José A. Rodríguez García, expresó acerca de *Epitafios* su opinión de que sus versos debían de ser colocados al lado de *Cecilia Valdés*, en el ápice de la apreciación literaria.

Escribió, además, Grande Rossi el volumen de versos de temas libres *Sin Rumbo*; otro libro de versos sobre cacerías; un Poema "Indiano", contra los españoles, conteniendo 2 ó 3 mil versos, la mayoría sonetos, en una obra de 40 ó 50 páginas. Y su bella composición "Capitán Negrero".

Grande Rossi, artista

De temperamento exquisitamente sensible, no podía el Maestro substraerse de penetrar también en el templo de las artes, para llegar a ser uno de sus más asiduos sacerdotes. Y así lo vemos cultivando la pintura, su entretenimiento predilecto, bajo la forma, principalmente, de naturaleza viva y, concretando más, la bellísima y melancólica policromía del paisaje cubano. Hemos tenido oportunidad de ver obras suyas representando rastras que venían a recoger el agua de la cañada y escenas bucólicas y de cacerías en las que el caballo y el perro, sus dos animales predilectos, ocupaban el lugar de honor. Abordó en algunas ocasiones la pintura épica cubana, como en el cuadro del Generalísimo Máximo Gómez sobre su hermoso caballo.

Entre las artes plásticas, la escultura y la arquitectura, sobre todo la antigua, llamaron grandemente su atención.

Y en el campo de la música, las óperas italianas y francesas lo cautivaban para escucharlas por sí solo o en escasa y selecta compañía. En contraste con ello, las tristes décimas guajiras, sobre todo si eran "improvisadas" por verdaderos artistas, lo cautivaban también. Nos pareciera contemplarlo en una cálida noche tropical, a la luz de las "chismosas", con sus ojos escrutadores,

Y bebiéndose el pintoresco espectáculo, en el batey de un montuno bohío, en noche de descanso de movida cacería de venados, escuchando las endechas y requiebros que un trovador improvisara en dulces y rebuscadas palabras y a través de la décima criolla, con acompañamiento de guitarra española, o de nuestro tiple y el güiro, a su bella guajirita, que tras recibir el reclamo, contestara a su vez con atiplada y penetrante voz, en forma siempre evasiva y desconfiada, a su prendado adversario del momento. Que la campiña cubana encerraba entonces y encierra todavía para los espíritus selectos que, como Grande Rossi, supieran buscarla y sentirlas, el hechizo incomparable de un arte vernáculo, que debe mantenerse a toda costa, para contrarrestar en parte la ola arrolladora de los salvajes y lúbricos ritmos afrocubanos de la conga y del bembé, o de las disonancias polifónicas y ensordecedoras de la música norteamericana del "swing", el "blue" o el "foxtrot".

Atletismo y deportes

En cumplimiento cabal del aforismo de Juvenal "mens sana in corpore sano", aquel ejemplar extraordinario que se llamara Federico Grande Rossi, cultivó el músculo, si cabe, con la misma cuidadosa atención y los mismos sorprendentes resultados con que cultivara su cerebro portentoso. La caza de la volatería, pero principalmente del venado ágil y grácil, constituyó para él su aficción suprema. A ella dedicó, lo mismo que a la pesca los más sentidos párrafos, o los más sonoros versos de su copiosa producción literaria. El tiro de pichón o de platillos en las más exclusivas sociedades de nuestra capital y de provincias, alcanzaron con él triunfos magníficos, que debieron en su oportunidad, de halagar su vanidad varonil a través de numerosos trofeos conquistados. Fue, durante dos años, el indiscutido campeón de tiro de Cuba y en una de las fotografías que el cariño de sus familiares nos ha permitido, para este vivificante baño del espíritu en la fuente del recuerdo, exponer en un local alledaño, junto con alguna de sus pinturas y muchos de sus trabajos principales, lo vemos feliz, tabaco en mano, con su ancho sombrero y traje de cazador, exponiendo una hermosa copa de plata.

El visitar la peligrosa e ignota jungla africana, en alguna cacería de piezas mayores, o la India milenaria como invitado de algún potentado "maharajá" a lomos de bien enjaezados elefantes fue su aspiración suprema. Imposibilitado de hacerlo, gustaba en sus últimos años, ya viejo y cansado, de asistir a la exhi

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 83

bición de películas más o menos verídicas de Hollywood, donde aparecieran osados exploradores en lucha con leones, tigres o panteras en lo más intrincado de la jungla.

Cultivó, finalmente, con éxito *la esgrima*, ese deporte de caballeros que dándole elasticidad al músculo, desarrolla en sus oficiantes una sensación de seguridad y de confianza en sí mismos, a la par que cultiva, a través de su práctica reglada, un espíritu justiciero y una corrección que han hecho pensar en ella como en el deporte de los caballeros.

La familia de Grande Rossi

De su padre asturiano, heredó el Maestro su porte y recia contextura física. De sus abuelos maternos italianos, ese espíritu selecto, esa alma de artista, esa espléndida agilidad mental que hemos tratado de exponer a través de estas mal pergeñadas líneas.

De su primer matrimonio, efectuado en 1892 con doña Celina de Armas y Rodríguez, tuvo tres hijos: Federico, Ada y Pedro. El primero, caballeroso y bien querido profesor en nuestra facultad de Medicina, sirve con honor y dignidad la propia cátedra en que su padre señalara ruta; la segunda, profesora de escuela, de él heredó sus relevantes dotes pedagógicas; y el tercero, Pedro, es un cirujano-dentista, que ejerce con éxito y decoro su noble profesión. Su compañera falleció a los 47 años, víctima del sprue, una de las afecciones tropicales que, tal vez por ello mismo, más estudió y mejor conoció.

Casó en segundas nupcias con Doña María Luisa Montes, que le diera otro hijo —Federico— de inteligencia poco común, admirable “causseur” como su padre, del que parece haber heredado también su espíritu artístico, su bohemia y su bonhomía. A este último sobre todo, al mayor, Ñico, amigo entrañable y a sus restantes familiares que nos ayudaron todos en la, para nosotros agradabilísima, pero larga y difícil tarea de acopiar los datos biográficos, bibliográficos y caracterológicos del bien querido y llorado Maestro de Maestros para exponerlos esta noche a vuestra benévola consideración, vayan mis gracias más sentidas, que bien yo sé que al contribuir conmigo a exponer a la luz pública los destellos fulgurantes de una vida tan esplendorosa y refulgente, están cumpliendo los deberes ineludibles del amor filial que cultivan, de consuno, en esta época de materialismo feroz y de chabacano

mal entendido modernismo. Yo cumplo a mi vez, henchida mi alma de agradecimiento hacia el Maestro, con un deber también filial y en parte, médico. El fuera, para nosotros, verdadero padre científico. E Hipócrates dijera: "Tributaré a mi maestro de Medicina el mismo respeto que a los autores de mis días"... y "trataré a sus hijos como a mis hermanos"... "Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente de mi vida y mi profesión, honrado siempre entre los hombres; si lo quebranto y soy perjuro, cargo sobre mí la suerte contraria". A fuer de hombre honrado, os aseguro que lo he cumplido. Del culto y reverencia que para él guardo han sido, son y serán inextinguibles en mi corazón. Mis alumnos de la cátedra universitaria, oyen a diario de las grandezas de mi Maestro. Mucho he tratado de seguir su única, su personal, su inimitable técnica pedagógica. Si no lo he logrado conseguir, acháquesese no a mi voluntad que es grande, si no a la limitación de mis recursos y preparación.

Últimos tiempos, enfermedad y muerte del Maestro

Grande Rossi profesó su último curso del 40 al 41. Desde septiembre de ese último año, se recluyó en su domicilio, afecto de una molesta dificultad en sus vías urinarias. Un conteo efectuado en noviembre, los síntomas de anemia y de una caquexia que se iba instalando lentamente, hicieron sospechar la aparición de la tan temida malignidad neoplásica. Más tarde, metástasis hepáticas y pancreáticas se encargaron de aniquilar aquel organismo privilegiado. En diciembre del 41 o enero del 42, apareció el íctero. El profesor de Semiótica que a tantos centenares de estudiantes, desde su cátedra de Patología General con su clínica, enseñara a valorar la aparición de un síntoma, a interpretar un signo y a formar con ellos aquellos ramilletes de síndromes que condujeran al diagnóstico, sufría impotente del trágico privilegio, con la mente alerta y la conciencia indemne de presenciar su propio cuadro. Le manifestó a su esposa que, si dentro de dos meses aquel íctero no había desaparecido, su muerte ocurriría a principios del mes de agosto. Y el gran clínico se equivocó tan sólo en 20 días. Tal vez su ética impecable, adquirida a través de un largo ejercicio profesional, le obligó a callar a su familia, su propio diagnóstico, que le era de sobras conocido. Tan sólo se refería a sus edemas, como un signo más de insuficiencia cardíaca.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 85

El 30 de junio, daba término y calzaba con su firma esta apremiante, cuanto sentida composición poética, salida meses más tarde en el *Boletín del Colegio Médico de La Habana*:

DESDE LA CAMA

¿Volveré a ver el dilatado monte
que cierra el horizonte
silencioso y sombrío,
y esperaré la aurora
junto al sereno río,
que nos traiga la hora
del indecible goce los excesos
del canto venador de los sabuesos?

Si otra vez con el rifle amartillado puesta la vida
entera a esperar del venado el ágil salto o la
veloz carrera, si he de sentir que aún late
todavía mi corazón tal cuando Dios quería De
la vida el girón que ya me resta ¡Salud, óptimo
bien, habla y contesta!

Diez días antes de morir, delante de su primogénito Federico, al recibir la visita de dos de sus queridos ayudantes, se incorporó en el lecho y rememorando a los antiguos gladiadores que allá en el circo brindaban al emperador romano el holocausto de sus pobres vidas, les dijo a Seiglie y Freire: "¡Ave Caesar, morituri te salutant!"

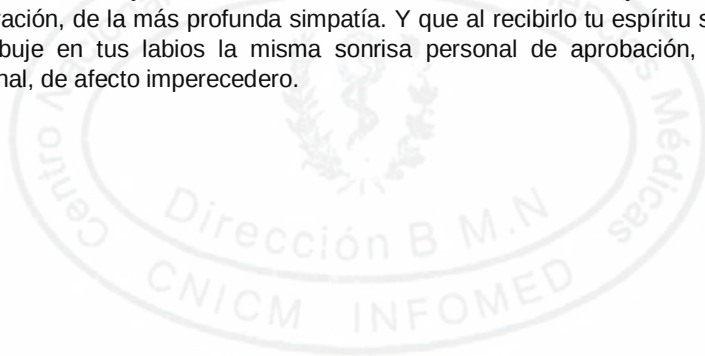
Los tres últimos días de su vida, la naturaleza piadosa, a través de la inconsciencia, lo privó de la agonía y del dolor de contemplar, impotente como médico, su propia muerte.

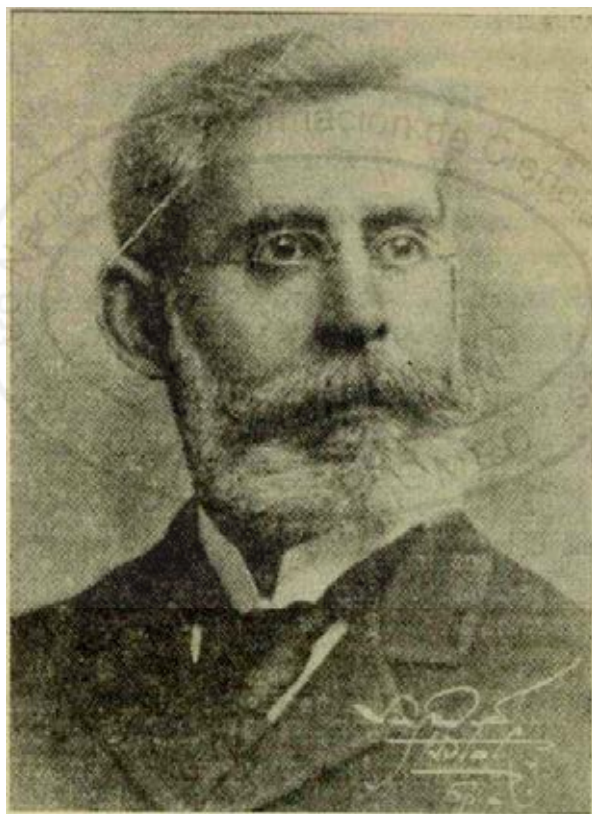
El doctor Federico Grande Rossi falleció a las 3 y 5 pm del sábado 11 de julio de 1942 en su domicilio de la calle J entre 25 y 27 en el Vedado, en una casa aledaña al hospital "Calixto García", escenario de sus mayores triunfos científicos. Su cadáver fue expuesto en capilla ardiente en el Salón de Actos del nuevo edificio de la Facultad de Medicina, en la calle 25 entre J e I, por donde desfiló durante el día todo lo que vale y brilla de la sociedad habanera y, principalmente, la atribulada clase

médica de la capital. Por la noche, velamos sus restos sus familiares y deudos, sus auxiliares y ayudantes y algunos alumnos de aquel entonces.

Ei sepelio, tristísimo final de aquella vida productiva, se efectuó a las 4 y 30 pm del domingo 12: tal parece que el almanaque, con su inactividad dominguera, se uniera en silencio al paso de su cortejo fúnebre.

Maestro bien querido: porque fuiste bueno y porque fuiste justo, por inculcar en nuestros cerebros, en aquel entonces dúctiles, maleables, fácilmente depresibles e impresionables, las normas del honor y del deber; porque señalaste ruta en nuestra vida profesional; porque a diario te recordamos y te sentimos a nuestro lado ayudándonos con tu profundo saber, con tu espléndida didáctica a resolver nuestros problemas diagnósticos; porque sabemos que desde el más allá, con aquella sonrisa afectuosa y paternal, aún influyes en nuestras decisiones científicas terrenales, recordando una frase, un aforismo, un verso quizá; los centenares de alumnos que te conocimos y te admiramos, te rendimos por mi intermedio, a través del más modesto, pero tal vez el más leal de tus discípulos de ayer, de tus ayudantes de otros días, este sentido homenaje de respeto, de admiración, de la más profunda simpatía. Y que al recibirlo tu espíritu selecto, se desdibuje en tus labios la misma sonrisa personal de aprobación, de cariño paternal, de afecto imperecedero.





Dr Juan Gaiteras Gerter 4 enero 1352
— 28 octubre 1925